



tomado del N° 176, 1994

Extraído de:

Turismo para la conservación, conservación para el turismo

P. Dąbrowski

Reflexiones sobre la relación entre turismo natural, conservación del medio ambiente y desarrollo sostenible.

Los términos «conservación de la naturaleza» y «turismo», tal como los entendemos actualmente, se remontan a la primera mitad del siglo XIX y, en gran parte, han recorrido caminos paralelos. Su raíz común fue la ideología del romanticismo con su nueva visión de la naturaleza en su estado salvaje, a la que ya no se consideraba como algo siniestro y repugnante. Por el contrario, la naturaleza no sólo se convirtió en un valor en sí mismo, sino que el deseo de ponerse en contacto con ella también llegó a ser uno de los factores fundamentales del desarrollo turístico.

La actitud hacia los monumentos históricos siguió una evolución parecida. Durante el período del romanticismo la gente, reconociendo el valor de los vestigios del pasado, empezó a organizar museos. El adjetivo «gótico» perdió su significado peyorativo. Al descubrimiento de los monumentos, siguió naturalmente la necesidad de explorarlos, realidad que contribuyó a dar nuevo impulso al desarrollo del turismo.

Se produjo también una reacción positiva: la gente que disfrutaba del turismo a su vez hallaba nuevos intereses culturales y objetos naturales durante sus viajes; documentando las diversas amenazas que se cernían sobre la naturaleza y la cultura, fueron a menudo sus primeros defensores.

En la historia de muchos países de Europa y de América del Norte podemos apreciar numerosos ejemplos de los esfuerzos que han llevado a cabo los miembros de las organizaciones turísticas, individual o colectivamente, con miras a proteger la naturaleza y la herencia cultural.

A finales del siglo XIX comenzaron a aparecer las primeras señales de que el veloz desarrollo de la industria turística, considerada como parte de la economía, podía amenazar la naturaleza y la cultura. En 1913 el profesor Jan Gwalbert

Pawlikowski –abogado, alpinista, y uno de los protectores de la naturaleza más activos– escribió en su libro profético *Cultura y naturaleza*: «Algunas personas, impulsadas por la belleza de la naturaleza, quisieron compartir sus impresiones con los demás. Por esta razón, procuraron facilitar el contacto con ella mediante la construcción de caminos, senderos y refugios. El público dócil comprendió que la naturaleza debía ser bella, porque el espíritu de aquella época exigía que fuera así... Hablando seriamente, el hombre moderno necesita algunas comodidades, de modo que los refugios cedieron el paso a los hoteles, a los que el negocio de abastecimiento

El artículo pone de relieve los desafíos que plantea conciliar las repercusiones del turismo con el desarrollo y la conservación, e introduce en las páginas de *Unasylyva* el concepto de «ecoturismo».

de comidas y bebidas alcohólicas brindó su apoyo interesado. ¿No es acaso en el interés de una finalidad superior que el amor a la naturaleza debería contribuir a la riqueza nacional, representada, al menos, por los propietarios de hoteles? Así, en los senderos se colocaron pasamanos y postes con carteles indicadores, los caminos angostos se transformaron en carreteras e, incluso, la habilidad de la ingeniería llegó a hacer milagros: completó la obra de Eróstrato, violando la montaña y llevando el tendido de líneas ferroviarias hasta sus cumbres».

Lamentablemente, el desarrollo sucesivo confirmó la exactitud de este diagnóstico, que no valía sólo para las regiones montañosas. Las décadas siguientes se carac-

Cuando escribió este artículo, **Piotr Dąbrowski** era Vicepresidente de la Sociedad Polaca del Turismo, que posteriormente se fusionó con la Sociedad Polaca de Amigos del Campo, dando origen a la Sociedad Polaca de Turistas Amigos del Campo; actualmente el Sr. Dąbrowski es Presidente de la Sección Académica de Cracovia de dicha sociedad.

terizaron por el predominio de intereses económicos y consumistas, insensibles ante la devastación del medio ambiente. Una cierta desilusión cundió a finales del decenio de 1960, y al respecto el informe de U'Thant puede considerarse como un momento decisivo para el despertar de la conciencia ecológica a escala mundial. Se empezaron a buscar medios adecuados para conciliar el desarrollo económico con la seguridad ecológica, esfuerzos que, en sentido teórico, se vieron coronados con la formulación de la Estrategia Mundial para la Conservación.

En términos de turismo, este cambio de orientación fue posible gracias a que, junto a la amplia industria del turismo comercial, ha seguido existiendo una fuerte inclinación hacia el turismo natural tradicional, basado en el conocimiento, el regocijo y la satisfacción que producen el contacto con la naturaleza, los monumentos históricos y los pueblos de culturas diferentes; un turismo en el que el esfuerzo físico no se vive como una incomodidad, sino más bien como un motivo de satisfacción, es esa maravillosa sensación que se experimenta al conquistar la cumbre de una montaña, después de muchas horas de escalada. Uno puede vivir la aventura del turismo solo o acompañado; en este último caso, podemos distinguir un aspecto adicional y humano del turismo: la conciencia de una relación más íntima con otra persona y de una profunda emoción común.

Por consiguiente, los principios del ecoturismo no son algo nuevo. Se trata de un retorno a las fuentes y de un redescubrimiento de los valores sepultados por el cemento armado y ahogados por el estrépito de los automóviles.

Ecoturismo y áreas protegidas

Las áreas protegidas son regiones de importante atracción turística que se declaran tales en tres situaciones:

- Cuando las regiones turísticas explotadas muy intensivamente pasan bajo protección. Es el caso típico de los parques nacionales de montaña.
- Cuando una región se convierte en lugar de interés después de haber sido puesta bajo protección. ¿Quién hubiera pensado que enormes pantanos y turberas se convertirían en una atracción hasta que los natu-

ralistas no empezaron a exigir su protección?

- Cuando una región se pone bajo protección, entre otras razones, para proteger su carácter turístico, por ejemplo, de la explotación industrial. Este es el objetivo que se persigue con la protección de muchos paisajes.

En todos estos casos, si el turismo se transforma en un movimiento a gran escala, tarde o temprano se producirán graves conflictos entre las exigencias de protección y la industria turística.

La comprobación frecuente de la devastación del ambiente natural y cultural que causa el desarrollo dinámico y en gran escala del turismo comercial origina muchas veces una actitud restrictiva o incluso prohibitiva en personas que, profesional o emocionalmente, están relacionadas con la conservación de la naturaleza. Este tipo de actitud se manifiesta en una tendencia cuyo objetivo es alejar el turismo de las áreas protegidas. Por este motivo, se acusa muchas veces a los conservacionistas de la naturaleza de ser fundamentalistas, impedir el progreso y obstaculizar el bienestar de la comunidad local, y querer organizar reservas exclusivas para científicos y/o gente rica. La reacción puede ser una rápida explotación forestal o transformación turística de estos lugares, con el propósito de actuar antes de que se adopten eventuales medidas proteccionistas. Una pesadilla recurrente de los turistas que aman la naturaleza es la de hallar regiones enteras de gran interés convertidas en grandes extensiones destinadas a la recreación, denominadas con elegancia «parques», o cerradas al público porque han sido declaradas reservas estrictas.

Límites de la información sobre el «turismo verde»

Para que el ecoturismo sea una solución o, por lo menos, mitigue los conflictos mencionados anteriormente, se requiere que todas las partes interesadas en este sector muestren buena voluntad y dispongan de información precisa, especialmente las instituciones para la conservación de la naturaleza, las comunidades locales y los organizadores del turismo comercial. Todas deberían conocer la utilidad del ecoturismo, sus virtudes, sus desventajas y sus posibles limitaciones.

Los conservacionistas deberían ser conscientes de que es imposible e inoportuno erradicar el turismo. Imposible porque la presión y las expectativas son demasiado grandes; e inoportuno porque un turismo bien conceptualizado ofrece a la gente valores importantes, y podría ser la mejor forma de educación ambiental.

Las autoridades responsables de la conservación de la naturaleza deberían tener en cuenta el turismo al tomar decisiones sobre el plan de administración de un área determinada. Resultan decisivas a este respecto las reglas para el uso sostenible del turismo y los cálculos adecuados sobre la densidad turística que una región determinada puede soportar. Este no es un desafío cualquiera, sino que implica la realización de estudios en gran escala acerca del medio ambiente, la economía y la composición social. No basta calcular el umbral de tolerancia del medio ambiente. Por definición, el ecoturismo, de un lado, no debería devastar el ambiente cultural, y, del otro, debería brindar las satisfacciones y los beneficios esperados a todas las partes interesadas.

Sólo cuando se especifican todas estas limitaciones básicas y el propósito de conservación resulta claro, puede proyectarse una intervención de política. Este procedimiento no debería ser únicamente de carácter administrativo, sino que debería contar con la colaboración de todas las personas interesadas. Es preciso informar a las comunidades locales y a los turistas, de modo apropiado y convincente, sobre las limitaciones necesarias. ♦